

La comunidad que viene

JAIME SANTAMARÍA*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Giorgio Agamben. *La comunidad que viene*. España: Pre-Textos, 1996. 55 páginas.

La *comunidad que viene* es un pequeño libro que combina la erudición filosófica, un carácter fragmentario en la escritura y un estilo enigmático en el tono. Lo importante de este texto, al que los comentaristas se dirigen con cierto respeto académico y, a veces, con cierto desconcierto, es que se trata de un manifiesto ético y político dirigido al sujeto contemporáneo. Entre las reflexiones teológicas medievales de Santo Tomás, las disputas sobre los universales y los trascendentales de la escolástica, las elaboraciones metafísicas de Duns Escoto e, incluso, algunos problemas fregeanos de lógica contemporánea que afectan al lenguaje, Giorgio Agamben hace un ejercicio que solo pretende —a mi juicio— derribar el sentido totalitario de la metafísica —paradójicamente, desde la reflexión metafísica misma—. Y quizá porque la metafísica, en cuanto otorga el *ser y*, con ello, la propiedad a las cosas, y puesto que nombra y ordena el mundo en una estructura de lenguaje, funda los cimientos de los despotismos políticos que se han visto a través de la historia, que nos escandalizaron

* e-mail: jaimearturos@gmail.com

CÓMO CITAR: Cómo citar: Santamaría, Jaime. “La comunidad que viene”. *Desde el Jardín de Freud* 15 (2015): 289-290, doi: djf.n15.50530.

© Ilustración: Carlos Jacanamijoy

el siglo pasado y que se contemplan hoy bajo el disfraz de la democracia y del discurso liberal.

La comunidad a la que se refiere Agamben no es una comunidad que ha de venir, como si fuese un logro —utópico— al mejor estilo de lo que hubiese querido Marx, en la lógica histórica de Hegel, como el culmen de la dialéctica; la comunidad de la que habla Agamben es una “comunidad que viene”, que ha de llegar perennemente: siempre por darse, siempre inacabada, sin definir, sin propiedad que dicte la pertenencia y la singularidad de sus miembros.

Se trata de un pequeño destello de esperanza —aunque no puede negarse el tono pesimista que caracteriza el escrito y que es propio de los pensadores vespertinos— que se dirige a un acto ético en el que el sujeto que viene, el *cualsea*, no define su singularidad por el mandato del discurso capitalista en su versión más obscena; tampoco por la ciencia tecnificada que dicta una “verdad” que excluye cualquier subjetividad; o la política imperante —liberal o democrática— que tiene el poder de incluir y excluir según la pertenencia a un grupo (“ser rojo, francés, musulmán”). El sujeto *cualsea*, que hará parte de esta comunidad, que está por venir, es el que no se deja abolir completamente por el dictamen del gran Otro; es ese que, como en el *Limbo* de Santo Tomás, no ha visto el rostro de Dios y Dios lo ha olvidado desde siempre. Es el que tiene un pequeño resquicio de libertad para llevar a cabo una acción cuya referencia última es el deseo propio,

ya que “el ser cual se-quiera está en relación original con el deseo” —dice Agamben—.

Dado que este *cualsea* no está condicionado por las identificaciones imaginarias de las propiedades de clase o esencia (color, nacionalidad, partido, religión, etc.), la subjetividad que surge de esta apuesta agambeniana, no importa la *que sea*, tiene como único atributo la apertura a nuevas y auténticas formas de existir. Se trata de una subjetividad que, lejos de las concepciones esencialistas y naturalistas, encuentra su fuerza de existencia en su potencia —para usar las palabras del propio Aristóteles—. Y es gracias a esta existencia, que es potencia y movimiento, que el sujeto *cualsea* no se deja determinar por el movimiento frenético de la máquina social-capitalista que busca fabricar individuos como si se tratase de objetos de una cadena de producción.

El camino que recorre Agamben y que difícilmente es transitable por un lector ingenuo, concluye en un “limbo” del sentido y del pensamiento, en una opacidad y neutralidad como si el texto fuese ya un preludeo de la apuesta del autor. El lector quisiera tomar partido, llevarse conclusiones y aprehender el secreto oculto del escrito; por el contrario, se queda sin nada en las manos. Y esto porque tal vez el pensamiento, que tiene una vocación de sentido, funciona como la metafísica tradicional que ordena, de acuerdo con la lógica de universales y particulares. Es decir, que al entendimiento le gustaría darle lugar a cada fragmento que compone el libro (*Cualsea*, *Principium individuationis*, *Demoniaco*, *Irreparable*, *Aureola*, *Homónimos*, por nombrar algunos de los títulos de sus apartados) según la totalidad del escrito. Entonces, como si el universal pudiese explicar cada uno de los fragmentos, se tiene la tentación de querer definir y dar lugar a los particulares desde la pertenencia al grupo (o al libro). Pero cada fragmento, al igual que el *cualsea*, tiene lugar y encuentra su singularidad

en el hiato entre lo general y lo individual. De este modo, el *cualsea* y los fragmentos del libro al que nos referimos, se ubican, topológicamente hablando, *entre dos*: entre el mandato del grupo (del Otro) y su propio deseo. En la apuesta de Agamben se trata, en definitiva, de rescatar la particularidad, la singularidad, en últimas, la subjetividad, frente al movimiento aplastante y uniformador del discurso capitalista, del discurso de la ciencia y de la política reinante que, a pesar de su rostro amable, no ha dejado de ser despótica. Y esto frente al deseo *cualsea*, que viene, el *que sea*...

Ahora bien, “¿cuál puede ser la política de la singularidad *cualsea*?”, es decir, si estos sujetos no están mediados por ningún mandato “de condición de pertenencia o la simple ausencia de condiciones, sino por la pertenencia misma”, ¿cuáles serán las acciones del Estado frente a esta singularidad *cualsea*? Y la respuesta de Agamben, que muestra un punto de horror, más allá de cualquier mediación simbólica o imaginaria y que, por eso mismo, no deja de provocar un estremecimiento en el lector atento, que retrocede espantado, es la constatación de lo imposible que es el sujeto *cualsea*: “una noticia llegada de Pekín nos trae algún elemento para una respuesta” —dice el filósofo italiano—; habla de los hechos que tuvieron lugar en la Plaza de Tiananmén el 4 de junio de 1989.

La comunidad que viene, compuesta por los sujetos *cualsea*, más allá de toda imagen utópica de un mundo feliz, como diría Huxley, es el ombligo del sueño de la historia humana; se trata del punto, en un atravesamiento del bien y la ley, en el que convergen el terror y la muerte. “Allí donde estas singularidades manifiesten pacíficamente su ser común, allí habrá una Tiananmén y, antes o después, llegarán los carros blindados” —Finaliza Agamben—. Y nosotros... ¿podremos no ceder en el deseo *cualsea* de construir, como un relámpago, la comunidad que viene?